

Distanze da superare. I governi rivoluzionari in Messico e la trasformazione culturale di indios e contadini*

La historia social —o de cualquier manera que se quiera identificar a aquella compleja sensibilidad historio-gráfica hija de los Anales de los años treinta y renovada después de 1968 gracias al llamado marxismo crítico— ha puesto al revés los paradigmas historiográficos, ha vuelto a dibujar las metodologías de investigación sobre temas tradicionales, ha abierto nuevos horizontes de investigación y sobre todo ha abatido las fronteras disciplinarias. Los éxitos han sido a veces sorprendentes, incluso en los temas clásicos de la historia política.

El libro de Laura Giraud nos ofrece, entre otras cosas, una valiosa contribución acerca de las maneras en que puede renacer una historia política fuera de los esquemas historicistas de justificación del proceso histórico, según los cuales lo real es racional. El escenario es el México de los años veinte y treinta, época de grandes movilizaciones y de importantes inversiones financieras y políticas en la educación. Si es verdad —siguiendo las sugerencias de S.

Rokkan— que la movilización social y política es tan necesaria en el proceso de construcción de la identidad nacional, como arriesgada es la ruptura que conlleva en las estructuras de la dependencia y del control históricamente practicados; si es verdad todo esto, aparecerá claro entonces cómo el análisis de la cuestión educativa constituye una clave útil para analizar el difícil proceso de construcción del Estado y de la nación revolucionarios.

Forjar una nación significa enfrentar una realidad histórica estratificada. En el caso de los imperios de frontera y cruzada —para utilizar de nuevo las categorías de S. Rokkan, que incluyen a América Latina entre aquéllos—, la afirmación del poder militar ha sido acompañada de la creación de un cuerpo político, nuevo en ciertos aspectos y fruto de la inserción local de instituciones rígidas pero eficaces en territorios caracterizados por bajos niveles de movilización. La colonización, precisamente. En el plan teórico, la justificación política del poder se encontraba en la doctrina católica de los cuerpos intermedios, donde se realizaba y tomaba vida el cuerpo político. En la práctica, se delegaban funciones políticas y pedagógicas esenciales para las diferentes

* Laura Giraud, *Distanze da superare. I governi rivoluzionari in Messico e la trasformazione culturale di indios e contadini*, Otto Edizioni, Torino, 2003, 432 pp.

jerarquías de la vida social: padronazgo y clientelismo pueden considerarse dinámicas finalizadas una vez constituido el poder, pero también proyecciones de una cultura del poder y de una visión del indio. Sin embargo, en las regiones de cruzada y frontera falta aquella homogeneidad cultural y religiosa que —según las sugerencias de estudiosos como Tilly y B. Anderson— permitió en Europa el nacimiento del Estado y de la nación. Dicho de manera explícita: antes aun de intentar la construcción de una forma de ciudadanía, hay que realizar tal homogeneidad. El proyecto de homogeneidad cultural, además, no siempre resiste el efecto de los altos niveles de movilización que preparan el nacimiento de la ciudadanía.

La tesis que Giraud sostiene en la primera parte del volumen es que la nacionalización de las masas tuvo lugar en México entre Calles y Cárdenas y hasta el nacimiento del Instituto Nacional Indigenista (INI) después de 1940, en un contexto de sustancial homologación con los paradigmas europeos. Esta parte del trabajo nos parece original y autoritariamente influenciada por importantes perspectivas historiográficas —el Carmagnani de *El otro Occidente*.¹ Sin

embargo, a continuación se pone de relieve cómo la racionalidad de la historia política tuvo que tomar en cuenta la especificidad latinoamericana, y mexicana en particular, como se ha manifestado en el reciente debate acerca de la naturaleza y la periodización del liberalismo. ¿Nace alrededor de la Independencia y como fenómeno relacionado a la amplia movilización política y social? ¿O bien, sus rasgos característicos se originan en el periodo borbónico y en la Ilustración? La respuesta es importante porque califica de manera diferente el proyecto de las elites: ¿se trata de una cultura de la cual nace la patria del criollo y que tiene como referencia el poder de la madre patria?, ¿o bien, se trata de adaptar una praxis de poder a las urgencias nacidas de la crisis de la soberanía imperial y del protagonismo de nuevos actores? En todo caso, se tiene que tratar con el grado de apertura de las elites hacia la especificidad constituida por la discontinuidad territorial de los nuevos Estados nacidos con la Independencia, por la pluralidad étnica y también por la complejidad cultural y religiosa.

Entonces se puede argumentar que la discontinuidad con respecto a los modelos europeos de construcción de

¹ Nos referimos a: Marcello Carmagnani, *El otro Occidente: América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*, trad. del italiano por

Jaime Riera Rehren, Sección de Obras de Historia, serie Ensayos, FCE/El Colegio de México/ Fideicomiso Historia de las Américas, 2004.

la nación no está en los métodos (alfabetización, higiene, trabajo, movilidad territorial, social y profesional, etc.), en los dobles o triples niveles de la ciudadanía o en los derechos electorales pasivos y activos. La originalidad se encuentra quizás en aquella naturaleza mestiza de la nacionalidad —no sólo en México sino también en otros territorios con un porcentaje significativo de población indígena—, fruto del encuentro entre la concepción tridentina del poder y la historia del indio antes y después de la Conquista, y asumida para sustentar la legitimidad del poder criollo y la necesidad de una pedagogía cívica que prelude la asimilación.

Es decir, en síntesis: también en América Latina la cuestión nacional es sobre todo cuestión social, pero no es menos cuestión étnica. Los dos aspectos —social y étnico— están estrechamente entrelazados pero también son distintos, y remiten a la diferencia radical entre indio y campesino, a las diferentes culturas y proyectos políticos, a la manera en la cual la raza americana ha buscado su propia legitimación. La autora ilustra muy bien el problema en los capítulos II y III: la construcción del espacio político nacional tiene que tomar en cuenta las realidades específicas, locales y étnicas, de una ciudadanía que el Estado revolucionario tiene

que construir y, antes incluso, que conocer. La diferencia entre indio y campesino remite no sólo a los criterios inspiradores de los censos de población, sino también a la percepción subjetiva y al proyecto que está detrás del censo mismo. Y luego: ¿cómo recomponer los niveles plurales del poder local, estatal y federal? Utilizando como eje la cuestión de la educación, el volumen nos ofrece una lectura por círculos concéntricos: empezando por las cuestiones más amplias del racismo y sus definiciones decimonónicas —reconstruidas en el primer capítulo—, y continuando por los niveles entre los cuales la cuestión recibe una constante reformulación. La federación, después el estado y los municipios y finalmente los sujetos y las comunidades locales: a cada uno de estos círculos la autora hace corresponder la acción de diferentes actores (gobiernos federal y estatal, municipio y organismos informales del cacicazgo).

La importancia de la distinción se manifiesta de lleno en el capítulo IV, en el que Giraud pone de relieve las fuertes demandas a la federalización bajo Calles y la progresiva reducción de los compromisos sobre el tema de la educación del indio. En tal sentido, todo el debate acerca de la raza aparece superado a favor no tanto de las premisas teóricas cuanto de las nuevas fronteras por superar: territoriales,

étnicas y lingüísticas, culturales en el sentido más amplio. Es en relación con estas fronteras por superar que se desarrolla el indigenismo, desde sus primeras formulaciones (sobre todo con Manuel Gamio) hasta el nacimiento del Instituto Lingüístico de Verano y las teorías acerca de la instrucción bilingüe.

Entre el capítulo IV y V la autora pone bajo la lupa toda la ambivalencia del proyecto educativo y su soporte indigenista, incluido el bilingüismo. Y es aquí que la tesis original del volumen, relacionada con el proyecto de la elite política e intelectual mexicana y la nacionalización de las masas, encuentra su más precisa correspondencia, en el sentido de que dicho proyecto tiene al parecer muy poco de ilustrado: más bien, está articulado por la fuerza de interacción de los actores que militan en las diferentes esferas institucionales y territoriales, a través de los cuales el proyecto encuentra no sólo su realización sino su formulación. Una instrucción y una nacionalización que son fruto de la negociación entre los actores políticos institucionales y étnicos. Forjar la nación, parafraseando el título de la obra más conocida de Gamio (*Forjando patria*), resulta ser entonces un trabajo de complejas negociaciones cuyos éxitos no son nunca obvios. Y en los estudios de caso, relativos a los estados de

Veracruz y Puebla, la investigación de Giraud —sustentada en fuentes de archivos, federales, estatales y periféricos— toma en cuenta la acción de las instituciones y la reacción de las comunidades y de los caciques; la ambigua tarea asignada a los maestros rurales, vehículos de nacionalización pero también de sanción de las diferencias locales y lingüísticas. El resultado es el fracaso del proyecto de la Casa del Estudiante Indígena de México. Sin embargo, el volumen reenvía a más intrincadas complejidades acerca de la fragilidad del desarrollo político mexicano que los ricos anexos documentales contribuyen a ilustrar, específicamente en el tema de la educación.

Las conclusiones de la autora son muy sugerentes en relación con lo afirmado en este comentario, es decir, la difícil compatibilidad entre disciplina y construcción del nuevo orden revolucionario. La nacionalización y la movilidad social y cultural están estrechamente entrelazadas. Sin embargo, al mismo tiempo hay que tomar en cuenta el arraigamiento social y la necesidad de control de los territorios por parte del ejecutivo federal. En definitiva, aparece en su fragilidad una ciudadanía no resuelta entre actores colectivos y derechos individuales, entre la nueva geografía política y la tradición.

El título del volumen ilustra bien cuál es la distancia por superar: no tanto la distancia entre un mítico México profundo y un México imaginado, cuanto la existencia de una constante tensión social y étnico-

territorial, como nos confirma de manera evidente la actual realidad mexicana.

Daniele Pompejano
Universidad de Milán, Italia